

23 de Enero de 2007

MENSAJEROS

Imagina por un momento, amigo que me lees, que tú has sido dotado del poder creador de Dios y que así, como a nivel humano tienes o esperas tener hijos, al nivel suyo pudieras engendrar uno que considerarías tu unigénito, con el propósito de llevar a los demás hombres un mensaje tuyo, ¿no estarías pendiente del resultado de esa misión?

Definitivamente creo que sí.

Pues, si en medio de la imperfección humana comprendemos la dimensión de un acto de amor tan sublime, resulta lógico pensar que si Dios Creador le imprime a esa misión toda la fuerza de su amor, estará pendiente del resultado de la misma en una escala infinita.

El esquema es trascendente. La Trinidad Santa interviene totalmente, el Padre que engendra, el Hijo que acepta esa misión y el Espíritu Santo que vigila, orienta y actúa.

Se hace necesaria la participación humana, que Dios busca, en respeto de su propia creación. Esa colaboración le es propuesta a la Virgen de Nazaret, a María, la hija de Joaquín y Ana. María da su consentimiento, al margen de su previo compromiso con José, al margen incluso de su propia seguridad, en contra de los cánones sociales del momento. Es más fuerte su fe que los condicionamientos humanos.

Nace Jesús, recibe los cuidados de José y María, sufre las tempranas persecuciones de quienes resienten su liderazgo; se le vilipendia y traiciona, a tal grado que es llevado al suplicio de la cruz. En su trayecto hacia Jerusalén, predica, cura, sana, escoge colaboradores, señala, rompe paradigmas, rehúsa glorias humanas, vence tentaciones, alimenta y da vida, da su propia vida y la recobra, resucita.

Sabe Jesús que su mensaje, el que el Padre le dio, tiene que ser transmitido por él inicialmente. Sabe también que debe preparar mensajeros que permanezcan a lo largo del tiempo de los hombres hasta que el Padre lo quiera. Por ello escoge a estos mensajeros suyos, los prepara, les enseña, les muestra el camino, les da su verdad, les transmite su aliento.

Como en todo, algunos se escandalizan, otros le son fieles, los menos le traicionan, un buen grupo le abandona en la hora dura, muy pocos le siguen de veras, otros darán su vida en defensa de su memoria.

Así pasan los años y los siglos. Siempre ha habido mensajeros, él así lo prometió. El mensaje del Padre va llegando. Ha habido quienes han querido cambiarlo, otros lo han mutilado, muchos lo han usado en provecho propio.

Sin embargo, sus mensajeros se multiplican, ávidamente se nutren para tener la fuerza necesaria, no les importa morir en el intento.

El mensaje de amor del Padre es uno, es sencillo, es trascendente, es único, es vital. ¡Dios te ama! Te ama tanto que ha enviado a su único hijo para dar testimonio de ese amor. Todos los hombres traemos el mensaje instalado por Dios en nuestra alma. Algunos nunca lo descubrimos, otros lo rechazamos. Pero quienes lo aceptamos y aceptamos difundirlo, recibimos la fuerza para hacerlo.

Jesús nos llamó amigos suyos, y lo somos si queremos. Igualmente para transmitir el mensaje tenemos que hacernos amigos de los hombres. Pero no solo de los que circunstancialmente están cerca o piensan como nosotros. Debemos ir preferentemente a los alejados, a los

“enfermos”, como les calificó Jesús.

Nuestro convencimiento en cuanto a que manejamos la mejor noticia que cualquiera puede recibir, es condición indispensable para lograr el convencimiento del otro. Es por ello que nuestra vida, nuestro testimonio, es capital. No es un 'hacer' y 'hacer hacer'. Se trata de ser, porque cuando se es, todo es posible. Tampoco se trata de recetar ni mucho menos de 'apachar'. La palabra clave es respetar. Respetar la persona de nuestros hermanos, su capacidad de decisión, su iniciativa, su gusto particular por la vida.

Esta es la verdad que continuamente suscita el Espíritu Santo. Es el 'regalo', el 'don', el "carisma" dado en este particular caso a Eduardo Bonnín, fundador del movimiento de cursillos de cristiandad, del cual por vocación somos parte.

El mensaje nos viene del Padre a través de Jesús, lo potencia el Espíritu Santo, siempre que permanezcamos unidos a El, en Su Iglesia. Amen.

Rodolfo Letona